

HISTORIAS DE ABUELAS

“SEGUIREMOS BUSCÁNDOS PORQUE NO QUEREMOS MORIRNOS SIN VERLOS”

ESTELA BARNES DE CARLOTTO, HOY PRESIDENTA DE ABUELAS DE PLAZA DE MAYO, PERDIÓ A SU HIJA EMBARAZADA Y CUENTA CÓMO DESDE ESE MOMENTO SU VIDA DE DOCENTE, ESPOSA Y MADRE DE CUATRO HIJOS DIO UN VUELCO QUE ELLA NO PUDO IMAGINAR.



Estela, en su rol de presidenta, entrega una medalla a Serrat.

Martina Noailles

A quien no la cosa puede asombrarle su entereza, que acompaña con una voz cálida pero firme. Quienes llevan años a su lado no se sorprenden. Muy pocos alguna vez la vieron llorar. Ella no sabe cuándo fue que comenzó a contar su historia como si fuera la de otro. Pero lo que sí asegura, como si se desempolvava su vieja vocación docente que dejó atrás cuando su vida se partió en dos, es que “no hay enseñanza ni libros que digan cómo buscar a una persona”. La presidenta de las Abuelas de Plaza Mayo, Estela Barnes de Carlotto vivió en carne propia la sangrienta dictadura militar de 1976. Primero el secuestro de su marido, luego la desaparición de su hija embarazada. Pero a pesar del inmenso dolor nunca bajó los brazos. Y fue la búsqueda de su nieto la que la puso de pie para siempre. Hija de un trabajador del correo y una ama de casa, Estela nació hace 75 años en la ciudad de Buenos Aires. Si bien de pequeña desafiaba a las maestras de primaria o se oponía a algunas de las órdenes de las monjas durante el secundario, fueron las dolorosas experiencias de su vida las que templearon su carácter. “Yo era sensible y solidaria pero hacía una práctica equivocada de todo eso, había una aceptación generacional de lo que era la historia oficial. Mi marido, en cambio, fue siempre más claro, más de avanzada en cuanto a la apertura política”. Estela y su marido, Guido, se conocieron en Tolosa hace 60 años, cuando ella estaba por estrenar sus 15 y

él sus 17. A Estela le encantaba bailar pero él, confiesa ella, “era el típico tano pata dura”. Sin embargo, los carnavales los reunían en los bailes del Club Estudiantes de La Plata. Durante la semana, eran los bancos de alguna de las tantas plazas de la ciudad los que los escuchaban soñar en voz alta sus proyectos. De allí en más nunca se separaron. Los ocho años de noviazgo transcurrieron mientras él terminaba su carrera de químico industrial y trabajaba en la panadería de su padre, y ella cursaba el magisterio en el colegio Misericordia. Luego se casaron con la ilusión de tener cinco nenitas. La primera —coincidirían por entonces— se llamaría Laura, por el nombre de una película con Gene Tierney que les había gustado mucho. Después de tres meses de haber disfrutado la luna de miel, Laura comenzó a crecer en la panza de Estela. Y luego, seguiditos, llegaron Claudia, Guido y Remo. Por entonces, papá Guido ya había abierto su fábrica de pinturas. “Era una empresa medio artesanal, medio bohemia”, se sonríe Estela. Con cuatro pequeñitos en la casa, Estela continuó con la docencia y con su cargo de maestra de grado de la humilde Escuela Nacional N° 102 de Coronel Brandsen, de la que luego fue directora. “Fue duro para mí porque tenía cuatro hijos y trabajaba, pero tuve la suerte de tener una mamá maravillosa que me apoyó muchísimo”, recuerda. Y mientras las imágenes de aquellos apacibles años le pasan como una película una y otra

“A PESAR DE TODO, MI FE ESTÁ ENTERITA. SERÁ PORQUE NO TENGO RENCOR, NO TENGO SENTIMIENTOS QUE ME ENVENENAN”

vez, Estela reconoce: “Teníamos una vida platinense, burguesa y tranquila”. Una vida entre hijos que iban a la escuela, tachos de pintura, veraneos en Mar del Plata y gritos de gol en los tablones de la cancha del Pincha. Cuando los militares impusieron su sangrienta dictadura, el 24 de marzo de 1976, las dos hijas mayores ya se habían casado, y Estela vivió junto a Guido y los dos varones que estudiaban en la escuela industrial, siguiendo los pasos de su papá. “O sea que era una mujer que tenía programada la vida lo más sencilla posible y dulce —reflexiona casi 30 años después—. Yo pensaba, bueno, cuando me jubile me dedico más a mi casa, con los nietos, a hacer una vida de sillón de hamaca”. Pero el sillón quedó esperando. La primera experiencia de horror que golpeó a la familia Carlotto fue el secuestro de María Claudia Falcone, hermana del marido de Claudia, la segunda hija de Estela. Fue un gran impacto. Con sólo 15 años, María Claudia fue arrancada de su casa, al igual que otros estudiantes secundarios, durante la terrible Noche de los Lápicos. “Sus pa-

dres estaban desesperados y empezaron una lucha que nosotros acompañamos”, recuerda Estela. Fue entonces cuando los Carlotto decidieron tomar algunas precauciones especiales. Laura ya había comenzado a militar en la Juventud Universitaria Peronista y formaba parte del área de prensa de Montoneros. “¿Por qué no te vas del país?”, insistía Estela ante la negativa de su hija: “No me voy a ir de este país, y además no soy tan importante para que me busquen”, contestaba Laura. Finalmente, el 1 de agosto de 1977 Laura resolvió mudarse a la casa de unos amigos y su papá le prestó la camioneta de la fábrica de pinturas para llevar las cosas. Pero Guido y Estela comenzaron a sospechar cuando los chicos no devolvieron la camioneta a la hora programada. Guido fue hasta la casa de los amigos de Laura pero tampoco volvió. Estela vivía así el segundo terrible impacto. Pero su reacción fue inmediata: pidió licencia por enfermedad para tener más tiempo y averiguó en comisarías y hospitales hasta que consiguió algunos datos. Días después llegó un pedido de dinero para liberar al marido. Estela juró el dinero mientras se hacía cargo de los chicos y de la fábrica de pintura. Todo sin decirle a nadie lo que ocurría. Finalmente, pagó cuarenta millones de pesos, y veintidós días después, Guido apareció. Lo habían mantenido secuestrado en la División Cuaterismo de la Policía Bonaerense, en pleno centro de La Plata. Lo habían torturado y le habían negado los remedios

para su diabetes. En el relato de Guido, Estela escuchó, por primera vez, el verdadero horror: “El secuestro de mi marido me hizo iniciar en lo que representaba el terrorismo de Estado y lo que significaba buscar a un desaparecido, a una persona que no vuelve”. La brutal experiencia de su papá obligó a Laura a mudarse a la Capital y pasar a la clandestinidad. Sin embargo, meses después, el 26 de noviembre de 1977, fue secuestrada junto a su compañero en alguna calle de la ciudad. Tenía 22 años y estaba embarazada de dos meses y medio, algo que Estela se enteraría después por boca de

“YO ERA UNA MUJER QUE TENÍA PROGRAMADA LA VIDA LO MÁS SENCILLA POSIBLE”

una liberada que había estado en cautiverio junto a Laura en el centro clandestino La Cacha. Por otra parte, también supo que si era varón lo llamaría Guido, como su papá. Estela comenzaba así una nueva búsqueda. Pero esta vez no estaba sola. Además de contar con el apoyo incondicional de su marido, se sumó a un grupo de mujeres, madres y abuelas que, unidas por el mismo dolor y la misma lucha, habían comenzado a actuar juntas. “Era todo muy difícil. No sabíamos qué hacer, qué estrategia emplear, cómo vencer los miedos. Además, mi vida había dado un vuelco: tenía una hija muerta y dos en el exilio”, recuerda. Y como si el tiempo no hubiera pasado, todavía le parece sentir el aroma a bizcochuelo recién horneado de la casa de Chicha Mariani, adonde asistió a las primeras reuniones de Abuelas de Plaza de Mayo en busca de su nieto Guido. “Todo me cautivó y entonces me incorporé decididamente a trabajar con ellas”, cuenta Estela quien tampoco olvida las reuniones en la confitería Las Violetas, con las abuelas de Buenos Aires. “Simulábamos como un festejo, un cumpleaños, tomábamos el té y cuando él que nos atendía se retiraba sacábamos de abajo de la mesa nuestras primeras cartas, nuestros primeros comunicados. Nosotras también coríamos peligro”, asegura. Al igual que la mayoría de las otras abuelas, Estela mezcló la búsqueda de su hijo y su nieto con el tejido de la misma mesa, pero que toma posición a la familia. Pero nada de eso ocurrió. El 25 de agosto de 1978 la policía entregó a los Carlotto el cuerpo asesinado de Laura. Según sobrevivientes, Laura dio a luz dos meses antes, el 26 de junio, en el Hospital Militar Central y pudo estar con su hijo Guido sólo cinco horas, antes de que los represores se lo robaran de sus brazos. “Y aquí nace la otra Estela. Una Estela distinta. Si una Estela hecha de la misma mesa, pero que toma posición, que tiene actitudes distintas. A pesar de todo, mi fe está enterita. Será porque no tengo rencor, no tengo sentimientos que me envenenan”, afirma sin quebrarse mientras continúa hablando de su nieto en los ojos de cada joven que se parezca a Laura. Aunque varias veces creyó haberlo encontrado, Estela dice que no bajó los brazos ni por su nieto ni por ningún otro. “Seguiremos buscándolos porque no queremos morirnos sin verlos”, señala con firmeza y da el ejemplo al frente de una organización que tiene sólo unos meses más que la edad de su nieto y que al igual que él nació de una esperanza.